

## HISTORICIDAD DE JESUS

Jesús Martínez García.

Hoy hay personas que niegan hoy que Jesucristo existió. Ahí están los libros y las conferencias grabadas que lo niegan. Sorprende, porque es el autor antiguo del cual tenemos más testimonios, con el bagaje del testimonio de millones de hombres y de mujeres durante veinte siglos, y de que sea la referencia de la historia en Occidente, que se divide en antes y después de Cristo.

Voy a recorrer brevemente los principales autores que han contribuido a esta equivocada conclusión, luego mostraré los testimonios no cristianos que nombran a Jesús de Nazaret, después el testimonio de los evangelios, que narran que Jesús vivió y murió en un tiempo y en unos lugares conocidos, y haré una breve crítica de por qué ese rechazo hacia Jesús.

### LA TEORÍA DEL ENGAÑO SOBRE JESÚS

Sin detenerme en autores menores, todo comenzó en el siglo XVIII, cuando los racionalistas ateos negaron la veracidad de los Evangelios. El teólogo **Hermann Samuel Reimarus** (1694-1768), en su obra publicada tras de su muerte –*Acerca de Jesús y de sus discípulos*–, realizó una investigación literaria de los evangelios y criticó duramente las divergencias entre los evangelistas a la hora de narrar los sucesos. Por ejemplo, el bautismo de Jesús por Juan Bautista, o los personajes a los que Jesús se apareció el día de su resurrección. Concluyó que lo que relatan es falso. Y esbozó lo que llamaríamos “la teoría del engaño”. En síntesis, dice: “Tenemos justificación para trazar una distinción absoluta entre la enseñanza de los apóstoles en sus escritos y lo que Jesús mismo proclamó y pensó en su propia vida”.

Afirma que el *aparato teológico* del que es arropado, no es sino obra y adición de sus discípulos. Ellos, ante el fracaso de Jesús, inventaron el fraude de la resurrección, rompieron con el tronco común judío, y convirtieron el mesianismo militar de Jesús en un mesianismo espiritual y filantrópico. En cuanto a los milagros que realizó Jesús, Reimarus halla para ellos siempre una explicación natural, y cuando no lo consigue, los reduce a falsos.

Un paso más lo da **Friedrich Schleiermacher** (1768-1834) quien, en su obra póstuma (*Vida de Jesús*, 1864) hace la distinción, luego utilizada, entre el *Cristo histórico* de los evangelios sinópticos, y el *Cristo de la fe*, del evangelio de Juan. Desautorizando éste como verdadero evangelio.

Contemporáneamente en Francia, el ilustrado francés **Dupuis** negó la existencia del rabí Jesús de Palestina. Y en 1863 **Joseph Ernest Renan** publicó su *Vida de Jesús*, tachando de mala biografía los evangelios, porque no siguen una cronología y contienen contradic-

ciones. Como racionalista que era, entendió que “los milagros no han ocurrido nunca. Desde el momento en que se admite lo sobrenatural, se está fuera de la ciencia”.

Por su parte, **David Frederick Strauss** (1808-1874), discípulo de Hegel, en su obra más importante –*La vida de Jesús, críticamente elaborada* (1836)– plantea la idea de que los evangelios son relatos míticos, al contener elementos que no pueden explicarse racionalmente. Son ideas teológicas expresadas en estilo narrativo. Han de considerarse libros de Teología y de fe, pero sin ningún valor histórico. Según Strauss, el apremio del pueblo judío por recibir de una vez al mesías, llevó a algunos de sus miembros a aceptar que el advenimiento se produjo en la figura de Jesús, pasando a aplicarle de inmediato todos los datos relativos al mesías que se contienen en el Antiguo Testamento. Aunque para ello hubiera que falsear la realidad vital del Nazareno. Tal afán habría llevado a sus seguidores a aceptar que era de estirpe davídica, que había nacido en Belén, que producía milagros.... El proceso que les ocurrió a los discípulos fue una *inducción dogmática*, que no tuvo por qué producirse necesariamente de mala fe.

A su vez, **Christian Herman Weisse** y **Christian Gottlob Wilke**, concluyen en 1838 que el primer evangelio es el de Marcos, y que Mateo y Lucas beben de esa fuente. En 1890, **Johannes Weis** formula la hipótesis de otra fuente, que denominó con la letra Q (de Quelle, “fuente” en alemán), que sería un escrito –desconocido– del que copiaron Mateo y Lucas los pasajes comunes entre ellos, que no vienen en Marcos. En definitiva, que Mateo y Lucas no son evangelios originales. **Wilhelm Wrede** escribe la obra que culmina el período, *El secreto mesiánico en los evangelios* (1901), donde, aceptada la premisa de que el de Marcos es el evangelio más antiguo, convierte a este evangelista en el autor del gran fraude sobre Jesús.

Pero es **Bruno Bauer** (1809-1882), en su obra *Cristo y los Césares* (1877) quien llega a afirmar que la falsedad sobre Jesús no se refiere sólo a su biografía, sino a su misma existencia histórica. Dice que ha sucedido lo mismo que con la idea del César, que es un dogma, un ideal que se hace real ensalzando sus virtudes. Así ha sucedido con la biografía de Jesús. Según el espíritu de la época helenístico-romana, la conciencia de los evangelistas creó un personaje, Jesús, y todo lo demás es inventado.

“La idea de una mediación entre cielo y tierra en la figura de los césares, el nacimiento de una nueva religiosidad de aspiraciones universales, la idea del apostolado en los itinerantes cínicos y estoicos, y los contenidos del Evangelio están ya presentes en la obra de personalidades anteriores a la génesis de los escritos evangélicos y las cartas de Pablo, en particular en la obra de Séneca. El cristianismo es un precipitado de este espíritu de la época, y Jesús no es más que una ficción literaria”.

Siguiendo a Bruno Bauer, **Arthur Drews** se propuso demostrar científicamente que Jesús no existió, en su libro *El mito de Jesús* (1921). Algunas de sus conclusiones son las siguientes. Los Evangelios fueron escritos a finales del siglo segundo por un gnóstico, y no contienen datos históricos, sino que son libros de revelación y de piedad. Todo lo que relatan sobre Jesús está inventado. Desde su nombre, que está tomado de su homónimo en el

Antiguo Testamento Josué, Yosuá, Jesús; hasta la figura de Pedro, que es una leyenda. Caifás no figura en la lista de los sumos sacerdotes de Israel. Judas es una alegoría de la nación que acabaría siendo destruida, de ahí su nombre, Judas, Judá. El cristianismo, dice, es una nueva metafísica muy elaborada, encarnada en un Jesús que no existió (es un ideal, como la patria o el honor, por el que se da la vida), elaborado a partir del Logos de Filón de Alejandría, con elementos de la religión persa: la idea de Jesús está inspirada en Mithra, espíritu luminoso de verdad y corrección, amigo divino de los hombres, mediador y salvador del mundo. El cristianismo tuvo éxito por la buena organización de las primeras comunidades. San Pablo, dice, es el testigo principal del Jesús a-histórico, pues no le conoció, y siempre que habla de él lo hace de forma dogmática, no histórica.

(En realidad, Pablo y dice de él que era nacido de mujer, judío, que fue crucificado, resucitó y que se le apareció a él).

Más tarde apareció la Escuela de la Historia de las Formas. Tras ser rechazados como fuentes de acceso al Jesús histórico los evangelios de Juan, de Mateo y de Lucas, y finalmente el de Marcos, **Rudolf Karl Bultmann** (1964) retomó la idea de Kähler de renunciar al Jesús histórico como alguien del pasado, al que no se puede acceder, y centrarse en el Cristo de la fe, que es lo único que importa.

Bultmann, ferviente pastor protestante, partió del error de que la investigación de la historia de Jesús es imposible de hecho, puesto que los evangelios no fueron escritos por testigos oculares, sino que fue una elaboración de la comunidad creyente. Los evangelios –según él– no nos informan de la vida de Jesús, sino de un *kerigma*, una profesión de fe que propone una visión de nuestra vida. Entendía que los evangelios no eran obras unitarias, sino un conjunto de piezas separadas (o *formas*), de tradiciones orales y de escritos sueltos que circularían entre los cristianos, y que los evangelistas recogieron, dándoles su impronta; por lo que, concluía, es imposible saber nada de la vida y personalidad de aquel hombre, y lo que podemos conocer sólo es la fe de aquellas comunidades: el Jesús en el que creían, es decir, que es el salvador (*Historia de la tradición sinóptica* (1964)).

En una primera apreciación, parece como si hubiera estado tan centrado el microscopio en las *formas*, que no leyó los evangelios en conjunto, que sí hablan de la vida de un hombre. Marcos comienza diciendo: “Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”.

La crítica a Bultmann la hizo en 1953 uno de sus discípulos, **E. Käsemann**: Si no existe conexión alguna entre el Cristo de la fe y el Jesús de la historia, el cristianismo se convierte en un mito. Además, si la Iglesia primitiva no tenía interés en conocer la historia de Jesús, no se explica por qué se escribieron los evangelios, pues bastaba con las cartas de Pablo. Finalmente, la misma fe exige la certeza de la identidad entre el Jesús terreno y el Cristo glorificado, pues de lo contrario no será la fe transmitida por los apóstoles.

También el protestante **Joachim Jeremías** (*El problema del Jesús histórico*, 1960), reaccionó ante los postulados bultmanianos, y propugnó un movimiento *de retorno al Jesús de la historia*, proclamando que la base para una cristología históricamente cimentada

no puede ser otra sino las auténticas palabras y hechos de Jesús (*ipsissima verba et facta Jesu*). El comienzo de nuestra fe no está en el kerigma, sino en el hecho histórico de la vida de Jesús. La vuelta al Jesús de la historia no se recomienda solamente por fidelidad a las fuentes, sino porque el kerigma predica que Dios reconcilió al mundo con Él por medio de un acontecimiento histórico.

Hasta aquí el itinerario de la negación del Jesús histórico. Todas las demás elucubraciones posteriores en este sentido siguen, con un acto de fe, los parámetros “científicos” de los negadores: la fuente Marcos, la fuente Q, etc. Y que los evangelistas inventan: que el pasaje de las tentaciones de Cristo es un cuento oriental, que es apócrifo que un niño de doce años diera lecciones de Biblia a maestros del Templo, o que fue imposible que alguien recordara al cabo de sesenta años el Magnificat de María o el Benedictus de Zacarías.

### TESTIMONIOS NO CRISTIANOS

En primer lugar, tenemos testimonios sobre la existencia de Jesús no cristianos. Pocos, porque los romanos despreciaban a los cristianos, y los judíos procuraron que no se hablara de Cristo. Ciñéndonos a los dos primeros siglos de nuestra era, recuerdo las fuentes romanas, judías y gnósticas que se suelen nombrar.

a) Fuentes romanas. El historiador romano **Cornelio Tácito**, en su obra *Anales* (Libro XV, 44) (hacia el año 116), se refiere a Cristo, a su ejecución por Poncio Pilato y a la existencia de los primeros cristianos en Roma cuando el incendio de Nerón. También **Plinio el Joven**, gobernador romano de la provincia de Bitinia, que murió el año 112, en la *Epístula 37* dirigida al emperador Trajano le explicó el procedimiento que seguía en referencia a quienes se acusaba de profesar el cristianismo. A los que negaban que fueran cristianos y habían maldecido a Cristo se les ponía en libertad; en cambio, mandaba ejecutar a los que confesaban ser cristianos. **Suetonio**, en su obra *Vida de Claudio* en el año 120 cuenta que este emperador “expulsó de Roma a los judíos en continua agitación a causa de Crestos (Cristo)”. Ya Tertuliano (160-220) explicó que los gobernantes romanos pronunciaban erróneamente *chrestianus* por *christianus* (*Apológico*, 3).

b) Fuentes judías. El único autor que nombra a Jesús es **Flavio Josefo**, historiador romano-judío. Es contemporáneo de los Apóstoles. En *Antigüedades judías*, escrito alrededor del año 93, da noticia de la ejecución de Juan Bautista por Herodes y hace referencia a Jesús: “Por estos tiempos apareció Jesús, un hombre sabio que atrajo a sí a muchos judíos, y cuando Pilato, por la denuncia de los más importantes entre nosotros, le había condenado a morir en la cruz...” (Libro XVIII, 3,3). (El texto ha sido desprovisto de las frases que parecen interpolaciones posteriores).

También **El Talmud**, escrito judío del siglo II, afirma que un tal Jesús fue denunciado por practicar la brujería y que por ello fue crucificado (*Sanedrín 43<sup>a</sup>*). Los estudiosos han visto claramente que se refiere a Jesús de Nazaret (Van Voorst en 2006, Peter Schäfer en 2009).

c) Escritos gnósticos. En los tres primeros siglos proliferaron escritos sobre la vida de Jesús, que la comunidad de creyentes no aceptó como verídicos. **Louis Claude Fillión**, que vivió en Palestina, analizó más de cien de estos documentos (*Los Evangelios apócrifos*, 1878), distinguiendo unos pocos, cuyos autores eran cristianos piadosos que aportaban datos ciertos sobre la infancia de Jesús y de María, pero que novelaban, distorsionando la figura de Jesús que, en ocasiones, utilizaba sus poderes de forma arbitraria.

El resto, la mayoría, fueron escritos por gnósticos –Celso, Valentín, Marción y otros– para atraer a los cristianos a su teosofía (Jesús no es Dios, es un Espíritu que toma formas diferentes, y se inscribe en una historia más amplia), lo que consiguieron en muchos casos; y ponían como autores nombres de apóstoles para su credibilidad. Apócrifo significa *oculto*. Si bien los apóstoles, igual que el maestro Jesús, hablaban a la luz del día, por las noches, en ciertos círculos se contaba lo que los apóstoles no decían. (Sobre los evangelios apócrifos véase Antonio Piñero). Todos ellos fueron rechazados por la primitiva iglesia. Ireneo rebatió en el siglo II a los autores gnósticos, y los denominó *herejes* en su libro *Adversus haereses*.

## LOS EVANGELIOS

En segundo lugar, tenemos los cuatro evangelios, que, sin pretender ser biografías tal como entendemos hoy, narran los hechos y dichos del Señor. Hubo otros evangelios apócrifos, que la Iglesia rechazó desde el inicio.

Existen testimonios muy antiguos sobre los cuatro evangelios y sus autores, y siempre en este orden: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. **San Ireneo**, obispo de Lyon, escribe a finales del siglo II: “Mateo publicó la escritura del Evangelio para los hebreos y en su lengua, mientras Pedro y Pablo evangelizaban y fundaban la Iglesia Romana. Después de su muerte, Marcos, discípulo e intérprete de Pedro, nos comunicó, él también por escrito, las cosas que habían sido anunciadas por Pedro. Y Lucas, discípulo de Pablo, escribió en un libro el Evangelio que predicaba su maestro. Finalmente, Juan, discípulo del Señor, el que se recostó sobre su pecho, él también, viviendo en Éfeso, publicó su Evangelio (...). Es por tanto manifiesto que el Verbo nos ha dado el Evangelio cuádruple, que está dominado por un sólo espíritu” (San Ireneo, *Adversus haereses*).

Otros testimonios cristianos de los dos primeros siglos son la *Didajé*, san Justino, san Clemente Romano, san Policarpo, Papías de Hierápolis y Tertuliano. También hace referencia a ellos el fragmento de un documento hallado por **Muratorri** en 1740 (*Canon Muratoriano*) en la biblioteca ambrosiana de Milán, datado entre los años 170 y 200.

Los evangelistas no se engañaron acerca de los sucesos narrados. Dos de ellos, Mateo y Juan, son testigos oculares, siendo Juan especialmente íntimo de Jesús, a quien le confía su Madre. Los otros dos son discípulos inmediatos de los apóstoles. Marcos “acompañaba a San Pedro y se sabía de memoria lo que el Apóstol repetía, y eso es lo que puso por escrito” (así lo cuenta san Clemente de Alejandría, citado por **Eusebio de Cesarea**, *Historia Eclesiástica*).

Y Lucas, discípulo de Pablo, declara en el principio de su evangelio, dirigido a Teófilo, que ya que varios habían intentado escribir la historia de las cosas que habían pasado, conforme a las enseñanzas de aquellos que desde el principio lo vieron por sus ojos y eran ministros de la palabra (es decir, tenían autoridad), él quiere hacer lo mismo para que Teófilo conozca la verdad de las cosas que le han enseñado.

Sólo unos autores contemporáneos a Jesús pudieron escribirlos, pues describen con exactitud edificios (como el Templo de Jerusalén o la piscina de siete pórticos) que fueron destruidos en el año setenta por los romanos.

Tampoco pretendían engañar. Eran hombres sencillos que deseaban simplemente transmitir la predicación de los apóstoles. Puntualizan hechos, lugares, personas y no callan sus propios defectos ni las reprobaciones recibidas del Maestro. Los relatos evangélicos son de una gran sobriedad: nada de exageraciones fantaseadoras, nada de apreciaciones personales; cuentan lo que saben de la vida de Jesús y nada más.

Cada evangelista escribió los acontecimientos según lo que recuerda, o según se lo le han contado. Es lo que sucede cuando varias personas relatan una película que han visto: en general dicen lo mismo, pero unos insisten en unos detalles y otros en otros. Los matices de unos complementan la versión de los otros. Lógicamente hay diferencias en las palabras porque no se han copiado. Otras veces coinciden casi exactamente, porque eran maneras de contar ya conocidas. Hablan de lo mismo a su manera y, lógicamente, cuando se dice la verdad, todo concuerda.

De los textos primitivos se hicieron copias fidelísimas en griego, pues se sabía que tenían la misma autoridad que las Escrituras. Eran Palabras de Dios, que transmitían la vida de Jesús, el mensaje de salvación. Fue imposible toda alteración al traducirlos o copiarlos, pues eran leídos por todos y custodiados con veneración; muchos cristianos murieron antes que entregarlos a los infieles. Si alguien los hubiera alterado hubieran protestado no sólo los obispos, sino los demás fieles.

De los papiros y códices en griego del Nuevo Testamento se han hecho estudios, teniendo en cuenta las citas que hacen de ellos los Santos Padres. No es el momento de exponer esa ingente labor de exégetas católicos y protestantes. Sólo decir que “podemos abrigar una confianza firme, fundada científicamente, de que, a despecho de todas las vicisitudes de transmisión, poseemos fielmente, en sustancia, en nuestros textos impresos actualmente el mismo texto que los evangelistas entregaron al mundo hace diecinueve siglos en rollos de papiro” (**Hermann Joseph Cladder**, *Unsere Evangelien*, 1919).

### POR QUÉ EL RECHAZO HACIA JESÚS

En tercer lugar, a mi modo de ver, el racionalismo tiene una gran dificultad, una discapacidad, al pensar que no puede existir lo que supera sus análisis teóricos, como es la realidad sobrenatural o los milagros. Incluso el amor. Porque son verdades inexplicables lógicamente. Es sabido que, desde Descartes, para el racionalismo y el idealismo la Filosofía ya no es Metafísica (estudio del ser de las cosas), sino Lógica (lo que se puede explicar).

La verdad ya no consiste en la adecuación de la mente con la realidad, sino en lo que parece más plausible.

El razonamiento “Pienso, luego existo” es falso, como si primero fuera la razón y ésta decidiera la realidad. La razón pura, el pensar en abstracto no existe: siempre se piensa en algo. La realidad precede al pensamiento. El conocimiento nace del asombro ante la realidad que se tiene delante. Los niños preguntan qué son las cosas y por qué. La gente sencilla se asombraba ante la persona, las palabras y los milagros de Jesús (nadie había hablado con tal autoridad). En cambio, los sabios y entendidos de la época, le escuchaban para poder cogerle en alguna palabra, denunciarle y condenarle. Jesús era la voz de Dios que les dolía, y decidieron borrar su nombre de la Historia. Eso hicieron después de su resurrección.

Algo semejante ha sucedido con los racionalistas. No les interesa el Cristo histórico, el Cristo en sí, sino la idea de él que se han formado. Pero yendo al fondo, el ateo no puede entender el Evangelio, porque le falta el don sobrenatural de la fe, que Dios da a los humildes, a los que le obedecen. *Fides ex auditu*, la fe comienza con la escucha de Dios que llama en su Palabra. La fe no llega cuando, de modo erudito, se quiere destruir ese mensaje, cosificándolo, despiezándolo, afirmando que es falso por otras categorías.

Después de rechazar la fe en Cristo, estos autores no conceden la fe humana a los libros del Nuevo Testamento; esa fe que se presta, por ejemplo, a las obras de Tácito, de Julio César o de Cicerón. Con el prejuicio de que Jesús no ha existido, niegan la validez de los datos históricos que aportan los evangelistas, los Hechos de los Apóstoles y las cartas de Pablo.

Todo se explica de otra manera, contrastando con otras religiones y otras filosofías para decidir si es plausible o no un pasaje o un personaje de los evangelios. Analizan a Jesucristo desde una biblioteca, sólo con libros. Y elaboran una idea, una idea falsa, un mito. Cuando, en realidad, la vida de un hombre es mucho más rica de lo que se obtiene en una especie de investigación policial, relacionando datos, atando cabos... a la distancia de veinte siglos. Sobre todo, tratándose del Hijo del Hombre (así se refirió Jesús a sí mismo, y nunca le denominaron con este apelativo los cristianos).

Si lo que nos relatan los Evangelios es la vida y enseñanzas de Jesús, que afirmó ser el Hijo de Dios, el Camino, la Verdad y la Vida –son palabras contundentes–, y que muchos lo vieron resucitado, hay que estudiarlos detenidamente. Críticamente, en el sentido de corroborar si los textos actuales son idénticos a los originales. Pero una vez certificados, hay que reconocer que Jesús existió tal como lo describen. El problema no es de orden exegético, no está en los Evangelios. El problema es de índole moral, al no querer creer quién es el Jesús del que hablan. “No queremos que éste reine sobre nosotros”, dijeron los judíos a Pilato. Entonces todo es complicado, se juzgan las palabras y no se admiten los testimonios. El primero que fue descalificado fue san Juan, aunque afirma: “Lo que hemos visto y oído es lo que os anunciamos” (1 Jn 1,3).

## EL EVANGELIO DE JUAN

A diferencia de los fundadores de las demás religiones, que anuncian una doctrina, pero no se ponen de ejemplo, Jesús se pone como centro del mensaje, él es la buena noticia, el Evangelio. El cristianismo consiste esencialmente en seguir a Cristo, en imitarle a él, en obedecerle como se obedece a Dios, en adorarle. Jesús, el Cristo, que muestran los evangelios canónicos es absolutamente original. Es el único hombre que se ha presentado y manifestado a la humanidad como Dios y como hombre al mismo tiempo.

El evangelio de Juan es diferente. Juan escribe su evangelio hacia el año 95 y conoce los evangelios sinópticos, publicados años atrás (Mateo hacia el año 50, Marcos, hacia el 60 y Lucas antes del año 63). Por eso, en general, cuenta otras cosas. Su finalidad la expresa al concluir su evangelio: “Estas cosas han sido escritas para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre” (Jn 20,31). El esquema es el siguiente: Al principio era el Pensamiento de Dios, y el Verbo se hizo hombre. Y narra signos que realizó Jesús que manifiestan que es Dios. Lo que los hombres tenían que hacer era creer en él para que se obrara el milagro. El milagro de aceptar lo sobrenatural, el mundo de la gracia, el Reino de Dios.

Su evangelio es como un itinerario de la fe de sus discípulos. Después de convertir el agua en vino en Caná, éstos empezaron a creer en Jesús. Luego puso su fe a prueba en Cafarnaún, al decirles que tenían que comer su carne y beber su sangre; y muchos le abandonaron, etcétera. Detalla la disputa de Jesús en el Templo con los príncipes de los judíos los días previos a su Pasión, poniendo en evidencia que no querían creer en él, a pesar de los milagros; les dijo que no tenían por padre a Abrahán sino al diablo. Finalmente, narra como él, Juan, creyó que Jesús es Dios al ver en el sepulcro vacío los lienzos *caídos*. Jesús, al resucitar, los había atravesado como hiciera después con los muros del cenáculo.

A partir de ahí entendieron inequívocamente que Jesús es el Señor, Yahvé. “Señor mío y Dios mío” dijo Tomás al ver a Jesús resucitado. “Bajo el cielo no se nos ha dado a los hombres otro nombre por el que debemos salvarnos (Hch 4,12), dirá san Pablo. Y a los filipenses: “Al nombre de Jesús toda rodilla se doble (...), y toda lengua confiese: *Jesucristo es el Señor*” (Flp 2,11). Es necesario doblar la rodilla y también la razón, reconocer a Jesús como Hijo de Dios, como Señor de la propia existencia. Y seguirle.

### CÓMO HAY QUE LEER LOS EVANGELIOS

La Constitución *Dei Verbum*, del Concilio Vaticano II da unas pautas que hay que tener en cuenta a la hora de acercarse a leer la Biblia, y en concreto los Evangelios. En primer lugar, no son libros como los demás. **Contienen la revelación de Dios** a los hombres. Jesús es la plenitud de la revelación divina. Y “cuando Dios revela hay que prestarle *la obediencia de la fe* (...), asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por Él. Para profesar esta fe es necesaria la gracia de Dios” (n.5).

Segundo. Hay que considerar **la acción del Espíritu Santo**. Jesucristo dijo a los apóstoles que, cuando él se fuera, el Espíritu Santo les recordaría todas las cosas que les había



enseñado (Jn 14,26). El Espíritu Santo intervino tanto en los apóstoles –que en la predicación oral comunicaron (...) lo que habían recibido–, como en aquellos apóstoles y varones apostólicos que, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribieron el mensaje de la salvación (cfr. n.7). Por eso, poner en duda las palabras de Jesús transcritas por los evangelistas, denota una deficiente formación teológica.

En tercer lugar, hay que tener en cuenta la importancia de *la Sagrada Tradición en la Iglesia*: “La predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos por una sucesión continua. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que ellos mismos han recibido, amonestan a los fieles que conserven las tradiciones que han aprendido de palabra o por escrito” (n.8).

Sagrada Escritura y Tradición están mutuamente relacionadas. Sin la Tradición –es decir, la *sola Scriptura*–, la palabra escrita carece del sentido que se le quiso dar al escribirse. En los Evangelios, como en gran parte de los libros del Antiguo Testamento, primero fue la transmisión oral de la revelación, y después, al cabo de los años, se puso por escrito. Y la Tradición, las autoridades religiosas, certifican que esos escritos son aceptables.

¿Cómo debemos acercarnos, por tanto, a ellos? Jesús mismo lo enseñó: “En verdad os digo: si no os convertís y os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los Cielos” (Mt 18,3). No entraréis en mis palabras, en el mundo sobrenatural del que os hablo. A Jesús le creían las gentes sencillas, sin prejuicios; aunque no calaran hasta el fondo en lo que escuchaban, aunque no supieran Teología. Pobres y ricos, sabios e ignorantes. De otra manera, todo son complicaciones, examen crítico de sus palabras.

*Todo es limpio para los limpios* (Tt 1,15). Todo es sencillo para los sencillos. Sencillez no equivale a credulidad. Es una disposición del alma para acoger la verdad. Luego vienen los motivos de credibilidad –los milagros, las profecías cumplidas, la sublime doctrina–, y se entiende que es razonable creer a Jesús: que es lo más razonable. Que sólo alguien venido de lo alto puede dar la explicación más cabal de la existencia humana. De una vida excelente, de una vida eterna.

Termino con una cita de **Lucien Cerfaux**, prestigioso especialista de exégesis bíblica de la Universidad Católica de Lovaina. Aseguraba en 1968: “Hoy, después de dos siglos de ensañamiento crítico, estamos descubriendo con sorpresa que, posiblemente, el modo más científico de leer los evangelios es leerlos con sencillez”.